

Pasó a su lado sin mirarla, sin presentirla, sin agitarse sus pensamientos y Raquel cayendo de bruces en el piso del coche "soñó" que estaba muerta.

III

Una larga fila de "placeros", "particulares" y "taxis", se alineaba al borde de la acera, dejando un pequeño espacio libre para arrimar los vehículos de los parroquianos que se sucedían en una procesión interminable.

Ancianos libidinosos y respetables padres de familia, jovencuelos afiligranados, "muchaehada" barullera, caravanas de internacionales desde la opulenta francesa, abillantada, "cocotte" profesional, hasta la simple "peona caminera" en trance de cabaretear. Bandadas ruidosas de criollitas vulgares y comadritas, parejas atortoladas y extranjeros serios, enfundados dentro de sus "smockings" pasados de moda, eran todos tragados por aquel ascensor, semejante al de una mina, aun en su invertida función, pues al elevarlos, los enterraba en el reino de lo inverosímil y al devolverlos a la superficie, salían tambaleantes y vacíos como después de varias horas de aspiraciones de "grisú".

Arriba una orquesta norteamericana golpeaba teclas, timbales, caños, fierros y platillos, acompañada por la rasca de las cuerdas y las gárgaras salvajes del óboe. Servía esa baraúnda para hacer ejecutar sobre la alfombra roja, inverosímiles piruetas a varias parejas que, o giraban vertiginosamente como enloquecidas, patinaban a punto de volcar, marchaban a saltos renqueando o simulaban una caída cuando el óboe sonaba una gárgara que daba la sensación de un tirabuzón.

Las mesas colocadas en sendas hileras, dejando el cuadrado rojo de la alfombra para esparcimiento de danzantes, estaban ocupadas en su totalidad.

En un línea de palcos altos, con rojos cortinados, se exhibían las privilegiadas de la galantería y los no menos privilegiados poseedores momentáneos.

Todo era vanidad en aquellos reservados. La sonrisa de las pintadas bocas, que a veces descubrían áureos remiendos en la dentadura, y los estremecimientos de los enjovados descotes. El aleteo de las empedradas manos y las careajadas que sonaban a oro. Vanidad en los gestos de los viejos verdes, destacando sus caras rojizas y canalleseas y los belfos caídos, sobre la gala de las blancas pecheras y en las miradas importantes de los "niños" que fumaban en sus largas boquillas, el tabaco egipcio del Brasil, mientras entrecerra-